

# DISCURSO

*LEIDO*

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1910 A 1911

EN EL

SEMINARIO CONCILIAR DE ASTORGA

POR EL

Lic. D. Francisco Mariño Ortega,

PROFESOR DE LATÍN Y HUMANIDADES EN EL MISMO SEMINARIO



ASTORGA

IMP. DE MAGIN G. REVILLO

Postas, 11

**1910**

JT  
WM

t. 1135217  
C.

# DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1910 Á 1911

EN EL

SEMINARIO CONCILIAR DE ASTORGA

POR EL

Lic. D. Francisco Mariño Ortega,

PROFESOR DE LATÍN Y HUMANIDADES EN EL MISMO SEMINARIO



ASTORGA

IMP. DE MAGIN G. REVILLO

Postas, 11

1910





## EXCELENTÍSIMO SEÑOR, SEÑORES:

Inútil es que, siguiendo los pasos contados de una tradición, que no quiero calificar, empiece este discurso ponderando el contraste que forman mi pequeñez y la altura á que en este momento histórico me encuentro, para arrancar de vuestros corazones la más amplia y generosa benevolencia, pues bien sé que los auditorios ilustrados, por el hecho de serlo, son los más indulgentes, y grande injuria os haría sino supusiera ilustración en un centro docente donde se han formado hombres tan eminentes en la ciencia y en la virtud.

Por otra parte la extensión é importancia del tema que tuve la fortuna ó desacierto en elegir, está reclamando todas las páginas de este breve discurso, y aun por ventura no serán suficientes, aunque nada perderá en utilidad encerrada en estos cortos límites la materia de una obra que desearíamos ver anunciada al ilustrado Clero español. Me refiero, señores, á la formación literaria, siempre útil y conveniente al sacerdote, *cui litteratum esse numquam dedecuit*, (1), pero de absoluta necesidad en esta época á la que nosotros hemos de salvar con las formas, ya que su lema parece ser aquello de *arte y siempre arte, forma y siempre forma*.

Si quien trata de estimular al estudio de una ciencia ó arte encuentra los mayores argumentos en los conceptos

---

(1) S. C. de Estudios, 8 de Julio 1908.

de necesidad, interés, excelencia, gusto y facilidad para adquirirla, os aseguro que poco trabajo me ha de costar la aplicación de estas razones á la formación literaria, pues en esta empresa me han de ayudar los sabios de todos los tiempos, desde Aristóteles hasta nuestros días.

Marcando el Estagirita la diferencia entre el poeta y el historiador dice que no consiste ésta en el uso de la rima, puesto que si Herodoto escribiese su historia en verso no dejaría de serlo, sino en que el historiador narra lo que aconteció, el poeta lo que pudo acontecer lógicamente: por donde viene la poesía á ser más filosófica y sería que la historia y á referirse más á lo universal, mientras que la historia se ciñe á lo particular. (1) Comentando esta razón de Aristóteles, pregunta la eximia condesa de Bazán «¿No parece como si adivinara el Estagirita el advenimiento de tiempos en que para estudiar y conocer una época en espíritu y verdad se acude, mejor que á sus crónicas, á sus monumentos literarios? (2).

En efecto, señores, la literatura, la verdadera literatura es como tranquilo lago, región serena y espejo purísimo donde vemos reflejada la vida espiritual y el estado psíquico de toda una generación, de toda una raza, de todo un pueblo. A través de ella cuando es grande, vigorosa y sentida, el historiador filósofo sorprende los sentimientos, ideas é intereses de las edades y con ellos reconstruye, por decirlo así, el pasado, el alma de los pueblos, reflejada con letras de luz en las regiones serenas del arte. Por eso sentaba Taine una gran verdad cuando dijo con frase profunda que la literatura no venía á ser mas que *un problema de Psicología*, á saber: dada una literatura averiguar qué estado

---

(1) *Rerum scriptor quae facta sunt dicit, poeta quae possunt fieri. Quamobrem et magis philosophicum et gravius est poezia quam historia nam poes's potius quae generalia, historia autem singularia dicit.—Aristóteles.—De Poetica, cap. 9.*

(2) San Francisco de Asis 2.<sup>a</sup> p. e. 9.

moral la ha producido, qué temperamento, carácter y ambiente la han determinado. De ello tenemos un ejemplo que vale por todos, en nuestros clásicos del siglo XVI.

Estudiados con la debida atención los autores de nuestra aurea literatura nos dan un conocimiento exacto del estado moral de nuestra patria en aquellos venturosos días de gloria y de triunfo. Tomad en vuestras manos sus obras de tan variado corte, y desde el libro de honda y elevada mística, en que sus autores con aquellos arranques sublimes y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de purísimo amor parecían sensibilizar los toques maravillosos de la gracia, hasta la novela picaresca, donde chispean de tan gracioso modo la majeza y socarronería de la gente maleante, todas os dirán algo, os dirán mucho de nuestro espíritu, de nuestra raza, de nuestro pueblo legendario del siglo XVI. La misma forma literaria del estilo siempre sonoro, elevado y brillante contribuye á que en esas páginas de oro reverbere nuestro espíritu soñador, encarnado en aquel Ingenioso Hidalgo, hijo del entendimiento mas fecundo y de la pluma mejor cortada que vieron los españoles de aquella centuria. En ese retrato nos miramos todos y allí encontramos rasgos de nuestra fisonomía que explican nuestro amor á los ideales puros y el arraigo en nuestro ser de las creencias espiritualistas, nuestro fervoroso entusiasmo por la religión y nuestras ansias de vivir en las dulces regiones del misticismo, ansias que se avienen mal, pero que al fin se avienen con cierta voluptuosidad de los sentidos, herencia sin duda de la invasión musulmana, cuya influencia tuvimos que sufrir durante 10 siglos. De estas observaciones deduce con toda lógica un docto agustino que «cien veces mejor, es decir, cien veces mas individuada, precisa y concreta que de todas las crónicas, anales é historias, donde se narran nuestros altos hechos de armas, nuestras legendarias empresas y nuestros inverosímiles triunfos, surge mas radiante, vigorosa y fresca la que se ha dado en

llamar con expresión bellísima *el alma española* de unos cuantos libros de caballería, de unas cuantas novelas realistas ó de unas cuantas comedias de capa y espada.»

Sin duda que es grande y excelente esta cualidad de la literatura disputando á la historia los timbres gloriosos de *maestra de la vida, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir*, pero aún tiene otra virtud mas delicada, otra excelencia mas singular y preciosa, pues ella es el perfume, y el aroma, y la gala, y la bizarría de todas las artes y hasta de todas las ciencias. ¿Qué otra cosa quiere decirnos Platón cuando nos enseña que el orador á la sutileza de un dialéctico y á la ciencia de un filósofo debe juntar la dicción escogida de los poetas y la mimica exquisita de los grandes actores? ¿Qué nos dicen inteligencias tan poderosas como las de Varrón y Quintiliano, sin hacer mención de nuestras Academias, consagradas á discutir los últimos ápices gramaticales? ¿Qué testimonio tan autorizado y tan bello como el de nuestro Cervantes que comparó la poesía «con una doncella tierna de poca edad y en todo extremo hermosa á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias»? (1) Y si á esto añadimos con Lamartine que «la elocuencia es el don de sentir mucho, de pensar bien, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de expresarse con fuerza y de comunicar por la palabra á los demás hombres, la idea, el sentimiento, la convicción, la verdad, la admiración de lo bello, el amor á lo honesto, el entusiasmo por la virtud, el cariño al deber, el heroísmo patrio, la fé en la inmortalidad, haciendo las almas honradas, los corazones sensibles, los entendimientos justos, la razón sana, la ciencia popular, la imaginación artista, el patriotismo ardiente, la libertad querida, la filosofía piadosa, la religión conforme á la idea mas

---

(1) El Quijote, P. 2.<sup>a</sup>, c. 16.



alta de Dios, buenos á los individuos, grandes á los pueblos y santa á la humanidad; después de estas alabanzas tan justas y cumplidas ¿qué resta, digo, sino concluir que la literatura en todas sus manifestaciones es grande, excelente, dulce, útil y hasta necesaria á todos los hombres de letras sin excluir á los sacerdotes? Ved, pues, si merece nuestra atención su estudio y si vale la pena que indagemos los caminos por donde podamos llegar particularmente los clérigos á la formación literaria que reclama nuestro ministerio en una época en que la novela entrando á saco por el real de las ciencias y de las artes todas aspira al monopolio de la lectura y al destronamiento de cualquier otro género literario.

Seguidme con benevolencia por esas veredas literarias.

Si, como ha dicho Cervantes, el primer escalón de las ciencias es el de las lenguas, con las cuales podemos subir á la cumbre de las letras humanas, excusado es advertir que tratándose de la formación literaria del clero, las lenguas han de ser no solo el primer escalón, sino tambien la base y el fundamento sólido sobre el cual ha de cimentarse ésta.

Ahora bien; ¿qué lengua se ha de estudiar primero? Siendo la oratoria el fin y el punto á donde han de converger todos los géneros literarios y dadas las circunstancias actuales, la apología de la Religión en la prensa, en el folleto y hasta en la novela, si hemos de dirigirnos al público español, es evidente que hemos de cultivar, sobre todo, la literatura española. El seminarista, por tanto, ha de comenzar su formación en la literatura por la lengua patria, aunque la Pedagogía moderna lo discuta, pues meditados los inconvenientes que nacen de empezar la formación literaria por la lengua propia, resultan obviados tratándose de Seminaristas que han de estudiar la lengua castellana sobre la base firme del Latin. De esta manera también se orillan las dos grandes dificultades que tiene el comenzar la educación gramatical por una lengua extraña, á saber, la de las voces

desconocidas y la de las *formas* gramaticales. El niño que comienza por la lengua castellana conoce ya la *cepa* de los vocablos y solo tiene que atender á sus *accidentes gramaticales* en que hasta entonces no se había fijado. Esto facilita el procedimiento de *apercepción*, llevando á los jóvenes de lo conocido á lo desconocido, método incomparable que despierta el interés del alumno y que hace más fácil el estudio utilísimo de las lenguas.

Restaré yo alguna importancia al latín, sosteniendo que no se debe comenzar por él la educación gramatical y poniendo como fin último de ésta la literatura castellana? Lejos de eso, estimo que «el castellano sin el latín es un idioma *borde*, proletario, sin ascendencia, sin posibilidad de darse razón de su origen y de sus aparentes anomalías», como dice muy bien el P. Ruiz Amado (1). De divorciarse nuestra gramática de la latina debería reducirse á un método histórico en que desaparecerían todos los vestigios del artificio gramatical, cuyo valor educativo es mayor que el de las ciencias naturales.

En efecto, Señores, se dice que un hombre está educado intelectualmente, cuando por sí mismo sabe *analizar* cada objeto que de nuevo cae bajo la acción de su entendimiento, *profundizando* en él hasta llegar al fondo de su naturaleza, *asociando* su conocimiento con los otros antes adquiridos y *coordinándolo* con ellos hasta llegar con todos á la formación de un *sistema*, capaz de obrar siguiendo los métodos científicos propios de cada disciplina. El hombre que por medio de esta gimnasia intelectual, de este trabajo de análisis, síntesis, inducción y deducción ha sabido formarse un *sistema* de conocimientos claro, orgánico y activo, ese ha conseguido una *perfecta educación intelectual*. Pues bien: en el estudio de la gramática tenemos un continuo ejercicio de estas operaciones. Y empezando por la

---

(1) Educación intelectual.

Analogía nos encontramos ya con que tiene gran valor pedagógico como disciplina de *clasificación* y de reducción á *sistema* de una multitud de casos particulares que hallamos en cada uno de los idiomas. ¿Qué sistema más completo y ordenado que el paradigma del verbo? El alumno que lo aprende bien se costum'ra á observar lo que conviene ser observado en las formas gramaticales, distinguiendo en ellas la radical, parte constante, de la terminación, parte variable, y en virtud de esto forma una doble *asociación* de voces: por una parte asocia las que tienen una misma radical, por otra las que distinguiéndose en la radical convienen en la terminación. Una vez así hecha la asociación de las voces, procede más adelante y las *sistematiza*, clasificando las formas del verbo en todos sus accidentes. Al observar las del presente de infinitivo en castellano *por ej.*, halla que se agrupan en tres conjugaciones y en cada una de ellas forma un modelo, obteniendo el *sistema* del verbo en nuestra lengua. Pero no para aquí, pues cuando emprende el estudio de otra le aplica la forma de *clasificación* y *sistema* que tiene hallados, con lo cual posee un *método* de descubrir las diferencias y analogías entre varios idiomas.

«Los que han reflexionado poco sobre estas cosas, dice el autor citado de la Educación Intelectual, llegan á figurarse que el paradigma del verbo con sus accidentes es á manera de un organismo natural nacido así por la fuerza misma de la naturaleza como la red de los vasos sanguíneos del cuerpo humano ó el sistema nervioso ó el neuro-esqueleto. Pero no es así.... pues el paradigma que hemos aprendido no es solo propiedad del idioma sino efecto de una *clasificación* que presidieron determinadas ideas filosóficas sobre el lenguaje; y la nueva formación del mismo por los alumnos es una labor intelectual de clasificación más útil para el desarrollo de la inteligencia que las clasificaciones que hallamos en las ciencias naturales.»

En el estudio del lenguaje mejor y mas fácilmente que en dichas ciencias puede tambien aprenderse la evolución unas veces progresiva y regresiva otras de las cosas creadas. Basta recordar la bella comparación que hace Horacio de las palabras con las hojas de los árboles, la historia de nuestro castellano primitivo, las irregularidades que no son otra cosa sino restos de formas históricas que han desaparecido y, por fin, la derivación de las palabras, para convencernos de ello.

Existe otra evolución en el lenguaje que sirve también para iniciar á los alumnos en la índole del pensamiento humano. Obsérvase con frecuencia que una noticia al pasar por distintas personas cambia de tal manera que no la reconoce por suya el primero que la anunció. Este hecho eminentemente humano se ilustra por la Semasiología ó evolución semántica de las palabras, en cuya virtud llegan á variar radicalmente su sentido, viniendo á expresar una idea totalmente contraria á la que tenían en su origen. Sirva de ejemplo el adjetivo *abrigado* que viene del latino *apricus* y del verbo *aperio*, el cual significa lo contrario de *abrigar*. He aquí su evolución semántica: de *aperio*, abrir, viene *apricus* que significa abierto al sol y al aire. Lo que está abierto al aire se enfría, pero lo que está abierto al sol se calienta y fijándose el sentido de la palabra en este segundo aspecto, *apricatus* vino á significar protegido, caliente, abrigado y cerrado que es lo contrario de *aperio*, *abrir*, su origen.

Además de los ejercicios de análisis y síntesis, hemos dicho que en la Gramática hay un continuo ejercicio de inducción y deducción. Pues ¿qué vienen á ser las llamadas reglas de sintaxis sino fórmulas obtenidas por la mas rigurosa inducción en el estudio detenido de los clásicos? Qué mayor ejercicio de deducción que aplicar constantemente esas mismas reglas en la versión de los textos y sobre todo en componer en lenguas extrañas? ¡Cuánta falta de lógica

se observa en el día! Cuán famosas inducciones nos regalan á cada paso ciertos *sabios* que no acaban de llenar su boca con el nombre ampuloso de la *Ciencia!* En todos ellos, dice el P. Amado, se descubre á *tiro de escopeta* que no han tenido la formación intelectual que proporcionan los estudios gramaticales.

Tales son los brillantes resultados que se pueden conseguir en este primer período de la formación literaria. Y nada hemos dicho de la utilidad práctica que trae consigo el conocimiento de varias lenguas, las cuales, después de producir la reflexión sobre el idioma propio, son el instrumento único para comunicarnos con todos los pueblos. En este sentido decía Goethe que «quien no conoce ningún idioma extranjero no conoce tampoco el suyo.»

No hay duda, Señores; hoy que las naciones todas tienden á estrechar sus lazos y á tener una comunicación constante entre sí, salvando todas las distancias con los grandes progresos, mientras no se resuelva el problema difícil del idioma universal, tiene gran importancia el conocimiento de las varias lenguas nacionales. El hombre que sobre la base de las clásicas conoce las lenguas vivas, traspasa sin dificultad fronteras, surca tranquilo los mares y en todas las naciones es tenido por *culto*. Ya los antiguos llamaron á Cécrope *Difies*, hombre de dos naturalezas, porque además de su lengua patria conocía el Griego. Porque además de este entendía el latín y el osco, se atribuía Emnio á sí mismo *tria corda*, tres corazones ó espíritus: y al rey Teodorico el Grande, así como al emperador Carlos V se atribuye la sentencia: «*que tenemos tantas almas como son las lenguas que entendemos.*» De donde se formó el proverbio: *Tantum valeo, quot linguas caléo*, tanto valgo cuantas lenguas entiendo.

Sobre todas estas ventajas tiene el conocimiento de las lenguas la incomparable, por lo que á nuestro fin se refiere, de abrirnos los tesoros de las literaturas y prepararnos á

su estudio por medio de las metáforas y el hipérbaton, que excitan nuestra imaginación y sentimiento.

Henos aquí ya en el segundo período y el más importante de la formación literaria; período constituido por lo que debiera llamarse con propiedad Humanidades, cuyo estudio es imprescindible en la materia y por eso le ha llamado con acierto un pedagogo «el corazón de la formación literaria.

No basta, señores, el estudio de la gramática para traducir y manejar con fruto los clásicos, ya que aquella solo nos dá á conocer, por decirlo así, la *corteza* del lenguaje, y estos son la miga, el rico filón y la perla preciosa, escondidos en el fondo de profunda mina. Es necesario tener gusto y verdadero sentido estético, que es la mitad de la sabiduría del hombre: es preciso que las Humanidades nos eduquen y nos enseñen, como á Monti, á beber los alientos de los clásicos y á descubrir sus bellas formas de expresión, imitando su estilo.

Tal es el objeto propio y extrictamente dicho de las Humanidades, de cuyo nombre se viene abusando mucho, dándole una extensión que realmente no tiene. Unos han comprendido en ellas todas las letras *humanas* en contraposición de las *divinas*, otros el estudio de la gramática y retórica, quienes han abrazado con su nombre el antiguo *trivium* ó los estudios que ahora llaman de *letras* en oposición á las *ciencias*, quienes, como los alemanes modernos, han pretendido introducir con el nombre de Humanidades el estudio de los elementos históricos que se contienen en las obras literarias, comprendiendo la Arqueología, Numismática, etc., y hasta se ha llegado á formar un plan de Humanidades científicas, con Matemáticas, Historia Natural, etc. etc. Pero esto no es sino una verdadera anarquía pedagógica y una confusión tal que, de seguir así, á duras penas conoceremos las cosas por su nombre.

Las Humanidades, como su misma designación expresa,

tratan de lo mas *humano que hay en el hombre*, es decir, de sus modos de pensar, sentir y obrar, de los móviles que le impelen á la acción y de la impresión que en él hacen todas las cosas exteriores. En este sentido la Moral sería la única ciencia con quien podrían confundirse las Humanidades, pero harto diferentes son sus objetos formales.

Ahora bien; como esos modos de pensar y sentir se revelan de una manera especial en las obras de arte y sobre todo literarias, resulta que estas constituyen el objeto propio de las Humanidades, aunque no en todos sus elementos.

En cada obra literaria se puede estudiar el instrumento de expresión por sí mismo, la parte Técnica, que para el Arte literario es la Gramática. Puede en segundo lugar estudiarse la Teoría del Arte ó las reglas generales á que obedece, á saber: La Estética. En tercer lugar se puede aprender en las obras de arte la cultura y su desenvolvimiento, y finalmente se puede considerar en ellas la manifestación del espíritu humano en lo referente al modo y forma de expresión, al estilo, en una palabra, y solo su estudio merece en sentido extricto el nombre de Humanidades.

El estilo verdaderamente constituye el sello característico del escritor, lo más individual, lo eminentemente humano. El fondo de la obra literaria es del dominio público, es de todos como el aire, la luz y el calor: solo hay una cosa que no se puede *robar* al artista y es el troquel personal á que aludía Tulio al decir que comunicaba con los demás su pensamiento, pero reservándose el secreto de exponerlo bellamente: es aquel título glorioso de la inmortalidad, con que se consolaba Cervantes, cuando frente á las críticas acerbas de sus contemporáneos, fijando los ojos en un mañana justiciero decía: *Post tenebras spero lucem*. Ese algo, que no está fuera del hombre, que es *el hombre mismo*, según la conocida frase de Bufón, y que por eso no se puede hurtar sin caer bajo el peso de las leyes divinas y humanas, es el estilo.

¿Y qué facultades producen ese don tan precioso y peculiar del hombre, tan eminentemente humano? He aquí una pregunta á la que conviene muy mucho satisfacer para que sepamos á dónde debe dirigirse la educación literaria, objeto de nuestro discurso.

Si es verdad que un mismo orden de efectos en las mismas circunstancias supone un mismo orden de agentes, siendo el estilo lo más peculiar del hombre reconocerá por principio facultades eminentemente humanas. Ahora bien; no caracteriza al hombre la inteligencia, porque esta se halla tambien en Dios y en los Angeles: ni le caracterizan los sentidos corporales, que tambien tienen los brutos; lo característico de hombre es la fantasía y el sentimiento en cuanto que radican en el cuerpo y son dirigidos en su modo de obrar por el alma; y estas facultades son las que principalmente imprimen su sello en la expresión humana y constituyen el estilo. Por eso el estudio del estilo ha de dirigirse á la educación de la fantasía y de la sensibilidad.

Esta educación, según el P. Amado, ha de ser *receptiva* y *activa*, es decir, nos ha de habilitar para comprender las ideas y sentimientos de los demás y nos ha de comunicar la facultad de expresar convenientemente los propios.

Cuan importantes sean estos fines de las Humanidades nos lo va á decir un enemigo de la formación clásica, que en un momento de buen sentido confesó ser más necesaria para la vida social y humana esta clase de estudios que la misma ciencia. Después de afirmar que existen dos mundos, uno material, moral otro, y los dos sujetos á leyes fijas é inflexibles, escribe Matthews: «Una inteligencia convenientemente educada ha de resolver los problemas de ambos mundos, pero en el caso de que no sea posible una educación completa para unos y otros, *la rigida ciencia es la que ha de ceder el paso*; pues la simplicidad y fijeza de las ciencias naturales no puede hallarse en la vida ordinaria, sino solo se presentan al que trabaja en determinadas materias;



por el contrario, la necesidad de conocer las acciones humanas, sus motivos, sus fines y carácter *es una necesidad á la que nunca podremos sustraernos.... La educación científica es para todos estimable, pero ninguno puede vivir con sola la ciencia, ni principalmente por ella, sino mejor por la comunicación del pensamiento humano que procede de los complejos entendimientos de los hombres.*

Ahora bien; el alumno al entrar en los cursos de Humanidades no viene *tamquam tabula rasa* en los modos de expresar sus pensamientos y afectos, trae ya, como dice el P. Ruiz, su poquito de Retórica doméstica con que sabe muy bien pintar las cosas del modo que conviene para excusarse, solicitar, tranquilizar y conmovér: trae además la parte técnica literaria, materia de los cursos anteriores. Edificando, pues, sobre esta base y siguiendo el método Herbartiano de apoyar la educación consciente sobre la inconscientemente adquirida ¿qué cualidades hemos de cultivar en el educando para que perfeccione aquella base natural?

Primeramente se ha de trabajar porque el alumno adquiera la *claridad* de percepción y de expresión que es la principal cualidad del estilo. Esta claridad exige la disposición ordenada de las frases, la economía de los paréntesis y digresiones, así como el uso adecuado de los pronombres, de las voces equívocas y de los tropos. Sin hablar de la gran cultura que supone la formación acertada de los periodos es indudable que esta cualidad de la expresión clara constituye la primera dificultad para las personas desprovistas de educación literaria. Pero aquí se levanta una *turba* de anticlasicistas, diciendo que para expresar un concepto con claridad basta concebirlo con lucidez. «Tenga yo ideas, dice el uno, que ya me las arreglaré para expresarlas», *scribendi recte*, dice el otro con Horacio, *sapere est et principium et fons*. Y no sabe aquel que sin formación literaria se expone á decir y hablar cual hablaba y decía Sancho

en el discurso sobre la preferencia de los asientos, materia harto conocida de él. (Parte 2.<sup>a</sup> c. 31. El Quijote). Ignora por ventura el otro que si el saber es la fuente de la expresión, no es sin embargo *el fudo*, pues tambien la fuente necesita un canal por donde corran sus cristalinas linfas, sino han de convertirse en pozo negro de aguas muertas.

A este propósito nos dice un orador moderno (1): «No lo olvidemos nunca: del propio modo que tratándose de las aguas de un pozo solo aprovecha aquella que mediante algún ingenio, se saca á lo exterior, así no sirve de nada á la sociedad, ni al hombre mismo la ciencia que se posee ociosa, inactiva, almacenada en el fondo del pensamiento, *sin aquella tan solo que se logra verter y comunicar por medio de una literatura hermosa y efusiva.*»

En segundo lugar hemos de esforzarnos en que los alumnos aprendan á usar de la expresión *proporcionada* á los conceptos, pues no debemos expresarnos lo mismo en todas las circunstancias. La expresión ha de ser grande y majestuosa en las ideas sublimes, sencilla y casera en las vulgares. Y no se diga que el ornato de la dicción es artificio y amaneramiento que acusan otros vicios morales en quien los emplea, pues no es afectado lo natural y naturalmente buscamos expresión adornada para los asuntos grandes, como rodeamos espontáneamente de manifestaciones de respeto y cortesía á las personas dignas de nuestros honores. El que ha de hablar sobre asuntos de singular importancia, como la religión, la patria y la familia, busca, naturalmente, palabras graves y sublimes. Pero aquí hay un escollo para los que no han recibido la formación literaria y es, que, como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, las personas incultas suelen caer en altas ridiculeces que celebrarán sin poderse contener nobles y plebeyos, como dice Horacio:

---

(1) El Clero en la literatura. Conferencia del R. P. Tomás Echevarría.

*Si dicentis erunt fortunis absona dictis*

*Romani tollent equites peditesque cachinum.* (1)

Para acertar con el justo medio sin caer en esos extremos ridículos, para alcanzar esa dádiva de las Musas, que llamó Píndaro, sirve eficazísimamente el continuo trato con ellas, mediante el estudio de los mejores modelos de la expresión literaria y artística. Este trato con las Musas no ha de ser una familiaridad ciega é inconsciente, sino un estudio atento y asiduo iluminado por la razón directiva de la actividad artística, según la definición que del arte daban los escolásticos: *Habitus cum ratione factivus*.

Al tratar de proponer los modelos para la formación literaria nos encontramos con las opiniones divididas entre los partidarios de las Humanidades *clásicas, cristianas y modernas*. Entre los defensores de las *clásicas*, unos con Herbart dan la preferencia á los autores griegos sobre los latinos, otros, y son los mas, se declaran á favor de los latinos. Entre los partidarios de las Humanidades cristianas, los gaumistas ó radicales excluyen totalmente el clasicismo pagano á quien llaman *gusano roedor* de las ideas religiosas y morales de la juventud, pero los moderados, buscando una fórmula de conciliación entre gaumistas y clasicistas, defienden la combinación de los autores cristianos y paganos. Por último, los amantes de las modernas literaturas son tantos como naciones y cada cual *alaba* sus agujas y procura llevarse bonitamente el *agua á su molino*.

Nosotros hablando de la formación literaria del Clero español creemos que los mejores modelos son los clásicos latinos, *primus Cícero* y luego entre los poetas Virgilio y Horacio y entre los historiadores César, Salustio y Tito Livio.

En efecto, señores, la aspiración suprema de las Humanidades es, como hemos dicho, arrancar á los clásicos el

---

(1) Ad Pisones, vs. 112 y 113.

secreto de la expresión *clara y proporcionada* á las ideas, para poner estas dotes envidiables de estilo al servicio de la verdad. Por consiguiente serán para nosotros los mejores modelos aquellos autores que escriban con mayor claridad y precisión; cualidades que brillan de un modo admirable y peculiar en los clásicos latinos. Esta claridad y precisión nace en los latinos, de otras dos propiedades exclusivamente suyas, á saber, *su modo de ver las cosas* y *su modo de expresar* lo que conciben.

En cuanto á lo primero los clásicos antiguos y en especial los romanos tuvieron una visión *simple, ingenua y concreta* de la realidad, efecto de la civilización sencilla en que vivieron. Es evidente que nuestra inteligencia, como finita y limitada, ve tanto mas clara y simplemente las cosas cuanto son menos complejos los objetos sobre que versan las operaciones intelectuales. Esto es axiomático: *Pluribus intentus minor est ad singula sensus*. Siendo ley de la historia que el presente es producto del pasado y lleva en sus entrañas el porvenir, estudiando á la larga las distintas civilizaciones tenemos una civilización egipcia, calificada por Donoso Cortés, (1) de *grandiosa y bárbara*, la civilización griega *graciosa, efímera y brillante*, la romana producto de un gran pueblo y la cristiana *la mas portentosa de las civilizaciones humanas, la civilización del pueblo mas grande de la historia...*, *la cual ha tenido del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, y del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grande algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante, lo inmortal y lo perfecto*. Si á esto añadimos los múltiples inventos de nuestra época ¿quien dudará de la complejidad de la civilización cristiana moderna, suma y compendio de las pasadas civilizaciones? Pues bien; esa complejidad influye, como hemos dicho, en el modo de concebir, produciendo la confusión

---

(1) Ensayo, c. 3.º.

ó por lo menos quitando á nuestros discursos aquella diafanidad de lo simple que se observa en los clásicos antiguos, cuya civilización era mas sencilla. Estas razones militan de una manera especial en favor de los latinos, porque el no haber aprendido (salvo la griega) las lenguas de los pueblos que conquistaron ni haberse enfrascado en las lucubraciones sutiles de la filosofía griega les conservó la visión mas clara, simple y concreta de las cosas.

Además de esta cualidad poseen los clásicos latinos en grado eminente una perfección insuperable en el modo de expresar lo que han concebido. Nadie ha sabido hallar la palabra propia para cada concepto como Cicerón entre los prosistas y Horacio y Virgilio entre los poetas. En ellos se hallan los nombres como *nacidos* y esta cualidad que resplandece tambien en los grandes escritores de Grecia hace algo comprensible la teoría por ellos profesada de que el lenguaje poseía una significación natural.

«Los autores mencionados favorecidos por las condiciones de su idioma, de su civilización y de los dones que recibieron de la naturaleza alcanzaron una perfección de estilo que no ha sido superada ni siquiera alcanzada en ninguno de los siglos posteriores; y solo se pueden comparar con ellos los mas felices entre sus imitadores. En España el estudio de Cicerón produjo la prosa de Granada, la imitación discretísima de Horacio engendró la poesía de León y nuestros historiadores procuraron hurtar á Tito Livio y Salustio el estilo digno de las hazañas que celebraban.» (1)

Nadie, en fin, ha superado á los latinos en el don de proporcionar la forma al fondo, pues hasta el ritmo prosáico se acomoda á la expresión de las ideas en Cicerón quien tampoco tiene rival en la formación *arquitectónica* del periodo oratorio y en el arte de *clausular*.

Viniendo ahora á examinar el fondo de los clásicos la-

---

(1) Educación Intelectual.

tinios nos encontramos con tres inconvenientes principales que conviene examinemos. Tales son la escasez de afectos, la futilidad y la inmoralidad. En cuanto á lo primero no falta quien dice ser una ventaja esa frialdad para los alumnos jóvenes, cuya inteligencia ha de ocuparse serenamente, sin turbar su corazón, ni exaltar su fantasía con emociones fuertes.

Respecto á su frivolidad y futilidad hemos de advertir que no procede en los clásicos latinos de sus ideas artísticas sino de sus ideas religiosas y morales. Es como la frialdad un defecto del Paganismo. Apesar de esto nadie negará fondo á las obras de Horacio, de Virgilio y sobre todo de Cicerón que fué gran filósofo y se propuso el fin cultural de poner las letras latinas á la altura de las griegas.

Por último, examinando el argumento Aquiles de gaumistas hemos de confesar que es un gran peligro para los jóvenes, y en especial para los seminaristas, el crudo naturalismo y la inmoralidad que se advierte en muchos pasajes de los clásicos. ¿Pero quien duda que este peligro se puede evitar expurgando sus obras con el cuidado y esmero con que lo han hecho los Jeronimianos, los PP. Jesuitas y últimamente nuestro digno compañero D. Cancio E. Gutiérrez, quien al observar las profundas alteraciones sufridas en la Colección de los RR. PP. Calasancianos» ha tenido la feliz idea de publicar una Antología latina de la más pura ortodoxia? Si á esto se une la educación sólidamente cristiana que debe acompañar en todos los momentos á la formación literaria clasicista, como se hace en los seminarios, creemos que el *gusano roedor* no causará perjuicios ni revoluciones y los clásicos latinos prestarán gran servicio á la causa de la verdad por sus envidiables dotes de estilo. Más aun; si los jóvenes se llegan á familiarizar con los clásicos del siglo de oro en que tanto brilla la elocución castiza llamada por Tulio *casta et incorrupta virgo*, ese ideal de pureza influirá sin duda en su

moralidad, pues como dice el P. Echevarría «la convivencia continua con la proporción, la exactitud, la armonía, la galanura de las formas bellas acaba por reconciliar la voluntad con los ahogos y estrecheces de la ley, realizando en ese ajustamiento de la libertad con el precepto la suprema manifestación del arte, *la virtud*, madre de la dicha, y aún la santidad heroica merecedora de las delicias eternas. (1). Por algo dijo el poeta:

*Ingenuas didicisse fideliter artes  
Emollit mores, nec sinit esse ferox.*

Resta ahora por examinar brevemente la cuestión de las Humanidades modernas, esto es, si el efecto educativo que se consigue con el estudio de los clásicos antiguos, se podría alcanzar de igual modo con el de los clásicos modernos. Concretando el caso á nuestra patria, la más rica en literatura moderna, hemos de decir que, aunque el hecho de haber escrito nuestros clásicos en una lengua poco diferente de la que ahora usamos, contribuye á disminuir el ejercicio intelectual y consiguientemente su valor educativo, no por eso hemos de descuidar, como hasta aquí, el estudio de nuestra literatura clásica. En los planes modernos de enseñanza civil y eclesiástica el estudio de la lengua patria ha quedado reducido en España á unos cuantos preceptos aprendidos de memoria y un poco de Historia de la literatura, y esto, con ser conveniente, ni es lo bastante ni lo principal tratándose de nuestra formación literaria. Como en latín y en Griego, es necesario *el análisis y lectura de nuestros clásicos y su imitación en frecuentes composiciones.*

Solo así, señores, podremos conocer á fondo y usar con perfección esa lengua purísima, que no se forjó para decir herejías, como dice M. Pelayo, ese hermoso idioma que en otro tiempo *pasaba por gentileza y galanía hablarle fuera de*

---

(1) El Clero en la literatura.

*España*. y que hoy, tal vez por el abandono en que le tenemos, solo se dedican á su estudio los comerciantes ingleses y franceses que tratan de venir á *penetrarnos pacíficamente*.

Al llegar á este punto tenemos que hacer una excepción honrosa en favor de los *frailes*, como ahora despectivamente se dice, de esos hombres tan amantes de las letras, á quienes con todo eso se persigue en nuestra patria sin considerar que al arrojarlos daríamos un *puntapié* á la mitad de nuestra cultura científica y literaria.

A la vista tenemos unos programas de los certámenes y academias literarias que frecuentemente celebran los alumnos del Seminario Pontificio de Comillas, dirigido por los RR. PP. Jesuitas. En ellos se observa que en los tres años de Latín y dos de Humanidades llevan paralelo el castellano con las lenguas clásicas, es decir, que estudian el idioma patrio durante cinco cursos con declamación, composiciones propias, análisis é imitación de clásicos españoles. Allí los alumnos de *Ínfima Gramática*, empiezan por declamar, componen cuando son gramáticos *scholae mediae*, y en el último año de Latín estudian y explican autores castellanos como Villoslada y Arriaza; los de Humanidades, en fin, responden á cuestionarios completos acerca de las obras de Fr. Luis de León y Granada llegando hasta la erudición española con el estudio del romance en los Ponuas del Cid y del Alexandre, en Alfonso el Sabio, en González de Barceo y en otros autores, trovadores y maestros en *Gay Saber*. ¿Se quiere formación literaria más completa? ¿Hay camino mejor trazado para conseguirla? Ingenuamente confesamos que no.

Se dirá tal vez que en los demás Seminarios solo hay cuatro años para el Latín y Humanidades, cargados además con otras asignaturas bien ajenas de la formación literaria, y que los alumnos, en fin, vienen mal preparados ni son escogidos como los que van á Comillas.

Las dificultades son bastante serias y ellas nos excusa-



rán sino salen de nuestro Seminario con la formación literaria completa, pero no militan contra el método de la Compañía propuesto como norma á todos por la S. Congregación de Estudios el 11 de Marzo de 1908 (1).

¿Qué inconveniente hay en tener academias de Gramática cada ocho días y certámenes *literarios* con frecuencia, como los tienen en Filosofía y Teología? Por lo contrario, ¿cuánto provecho no sacaríamos todos de ellos, alumnos y profesores? Para aquellos sería un gran estímulo y el pabellón abierto donde aprenderían á romper lanzas en el campo literario, para nosotros la única manera de uniformar el método de enseñanza.

Hemos recorrido, señores, los amenos campos de las bellas letras; solo nos falta advertir que en las rosas de esos *jardines* tambien hay *espinas*, pues existe una literatura que respira el mas crudo naturalismo y ha hecho de «la doncella... en todo extremo hermosa» la bacante impúdica que todo lo mancha con su aliento emponzoñado. De ella no queremos hablar mas que para execrarla con un elocuente tribuno español: *Maldito el árbol que lejos de convertir el estiercol puesto sobre sus raices en resinas, aromas y mieles, convirtiera mieles, aromas y resinas en estiercol* (2).

Tambien se ha introducido en la literatura contemporánea el extravagante y grotesco Modernismo, traído en mala hora á España por un desequilibrado que dice de sí mismo *que no escribe para las multitudes*, ¡como si no hubiera brotado espontáneamente en el corazón del *pueblo* la poesia más grande y vigorosa! De ese modernismo tampoco queremos tratar: no merece atención, sino para ponerla en la picota, una literatura ridícula que aquí señala-

---

(1) *Quod vero nostrum cumulavit gaudium est ratio et via qua in docendo proceditis... Ipsi nimirum vehementer optamus ut hanc rationem et viam omnes ubique, vel qui secus senserint, secuntur.*

(2) Castelar en su contestación al discurso de ingreso en la R. A., del Sr. Echegaray.

mos con piedra *negra* en el camino que han de recorrer nuestros jóvenes para la formación literaria, ni más ni menos que como se apuntan y anotan en las cartas de marear los peñascos y bajíos para que los pilotos sepan desviarse de ellos y guiar con rumbo seguro la bogante nave..

He terminado, señores, el desarrollo del tema que me propuse presentar á vuestra consideración por creerle de importancia suma y hasta de necesidad para cuantos tengan que usar con destreza la palabra y la pluma, armas con que se libran los grandes combates de la época moderna en el miting, en el folleto, en la novelay en el periodismo, cuyas redacciones no sufren el polvo de las aulas, ni sus arideces y tiesuras. Poniendo el pié en el primer *escalón* constituido por la gramática y las lenguas estudiamos su gran valor educativo y social. Al entrar de lleno en la educación literaria procuramos concretar el objeto estricto de las Humanidades y descubrir los tesoros de la expresión clara y del buen estilo, no encontrando mejor fuente que los modelos de la antigüedad estudiados de una manera práctica. Cerramos, en fin, nuestra modesta labor, señalando los escollos en que pueden tropezar nuestros jóvenes al ir en pos de la belleza en la literatura contemporánea.

¿Os parece que hemos dado más importancia de la debida á la educación literaria del Clero que ha de salvar las alma: *non in persuasibilibus humane sapientie verbis?* Pues no lo creía así el gran humanista, el inmortal León XIII de feliz memoria, quien dispuso que en el Seminario de San Apolinar sujeto á su inmediata dependencia se estudiasen *tres cursos* de oratoria que debían ser precedidos de otros *¡ochol!* empleados en la más exquisita formación literaria. Qué dirán á esto los enemigos de la educación literaria del sacerdote, al que quisiera ver eternamente *apostólico*, según dicen, como si lo apostólico fuera lo tosco, lo incorrecto, lo desmazelado: como si los apóstoles en nuestros tiempos no se hubieran hecho tambien todo para

todos *para salvarlos á todos* y como si la palabra de Dios no hubiera vibrado en los profetas con toda la majestad y resonancia de su origen divino? Qué contestarán, en fin, si les recordamos que sacerdotes fueron Fernando de Herrera, Luis de Góngora, Moreto, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Avila, Solís y los cultísimos Argensolas de quienes decían en su tiempo haber nacido para enseñar *castellano á los mismos castellanos?*

Y ¿qué si acuden aquí, dice el P. Echevarría, las órdenes religiosas con el caudal inexhausto de sus respectivas glorias literarias? Venga la Agustiniana con Fr. Luis de León, Orozco, Zárate, Márquez, Malón de Chaide, Blanco; presenten los franciscanos á un Estella, Guevara, Juan de los Angeles; muestren los dominicos á un Granada que no sufre comparación ni compañía; luzcan su hábito carmelitano Juan de la Cruz, Jerónimo de San José y Gracián; traigan los jerónimos á Yepes y Sigüenza; hónrense los mercenarios con el gran Tirso de Molina, y cierre la Compañía de Jesús esa marcha triunfal de poetas, filósofos, historiadores y santos con nombres como el de Mariana, Ribadeneira, Rodríguez, Acosta, La Palma, Nieremberg, Villegas, Martín de Roa, Coloma. » Si con razón ha escrito Menéndez Pelayo que, suprimida la ciencia católica en España, queda nuestra nación al nivel de cualquier país de bárbaros, nosotros añadiremos parodiándole que, borrada la huella del clero español en la literatura, esta quedaría despojada de sus más espléndidos atavíos y de sus joyas mas valiosas. Ninguna otra profesión puede ponerse al lado de nuestro Clero en méritos de literatura española, ¿qué digo? todos sus cultivadores laicos juntos no suman ni pesan tanto como los eclesiásticos solos.

Esa es vuestra historia literaria, amados seminaristas; seguid, pues, engarzando perlas á tan hermosa cadena y que todo sea impotente para separaros del trazado camino que conduce *de la inmortalidad al alto asiento*. No escu-

cheis las fútiles razones de los que reprueban vuestra educación literaria; antes bien practicad el consejo del poeta: *Vos exemplaria... Nocturna versate manu, versate diciturna*, pero sin olvidar aquel aviso cristiano que á todos los amantes de la literatura dió nuestro inmortal Cervantes: *Letras sin virtud son perlas en el muladar.*

HE DICHO.

Seminario Conciliar de Astorga 21 de Septiembre de 1910.





